

PARTE I. horas, triunfó el valor de las tropas castellanas, y se vió á los portugueses ceder el campo en todas direcciones. El duque de Alba, que consiguió flanquearlos al mismo tiempo que eran atacados tan vigorosamente por el frente, acabó de ponerlos en desórden, y no tardó en convertir su retirada en derrota. Algunos, tratando de pasar el Duero, se anegaron, y muchos que intentaban entrar en Toro, se agolparon en el estrecho desfiladero del puente, en donde fenecieron por la espada de sus perseguidores, ó se ahogaron miserablemente en el río, que arrastrando sus cuerpos mutilados llevó á Zamora la noticia de aquella terrible victoria. Fué tal el ardor y furia de la persecucion, que solo la llegada de la noche, que estuvo mas oscura que de ordinario á causa de una tormenta, pudo salvar de la total destruccion á las dispersas reliquias del ejército. Varias compañías portuguesas consiguieron á favor de la oscuridad escapar de sus enemigos dando la seña de Castilla. El príncipe D. Juan se retiró con un trozo de sus derrotados escuadrones á una eminencia próxima, y haciendo encender fuegos y tocar las trompetas, logró reunir á su lado una parte de los fugitivos; y como la posicion que ocupaba era muy fuerte y no se podia tomar con facilidad, y las tropas castellanas estaban muy cansadas, y satisfechas con su victoria para que quisieran intentarlo, conservó la posicion de la altura hasta la mañana siguiente en que pudo retirarse á Toro. El rey de Portugal, á quien no se encontraba, se creyó que habia muerto en la batalla, hasta que por avisos que se recibieron en la tarde del día siguiente, se supo con seguridad que habia escapado sin daño personal, y con tres ó cuatro que le acompañaron al castillo fortificado de Castro-Nuño, distante algunas leguas del campo de batalla. Muchos de sus soldados, que intentaron pasar á su país por las fronteras contiguas fueron mutilados ó asesinados por los españoles, en venganza de los infames escesos que los portugueses habian cometido en su invasion de Castilla. Fernando, irritado contra tal barbarie, despachó órdenes para la proteccion de sus personas y dió seguro á los que quisieron volver á Portugal; y aun con una humanidad mas honorífica á la par que mas rara que los triunfos militares, distribuyó vestidos y dinero á los prisioneros llevados á Zamora en estado de total desnudez, y los habilitó para volver con seguridad á su país²⁴.

24 Faria y Sousa pretende el honor de la victoria para los portugueses, por-

Son derrotados los portugueses.

El rey de Castilla permaneció en el campo de batalla hasta despues de mediada la noche en que volvió á Zamora, adonde le siguieron por la mañana el Cardenal de España y el almirante Henriquez á la cabeza de las huestes victoriosas. Se cogieron en la accion ocho estandartes, y la mayor parte de los equipajes, y quedaron muertos ó prisioneros mas de dos mil enemigos. Cuando la reina Isabel recibió la noticia del suceso, en Tordesillas, en donde á la sazón se hallaba, mandó hacer una procesion á la iglesia de San Pablo de los arrabales, en la cual fué en persona á pié y descalza con toda humildad, y tributó con la mayor devocion gracias al Dios de los ejércitos por la victoria con que habia coronado á sus armas²⁵.

Fué ciertamente un triunfo muy insigne, no tanto por la inmediata pérdida causada al enemigo, como por la influencia moral que habia de tener en Castilla. Muchos que habian vacilado hasta entonces en su fidelidad, y que segun el espresivo lenguaje de Bernaldez "estaban á viva quien venza" y dispuestos á ponerse del lado del mas fuerte, proclamaron ya abiertamente su adhesion á Fernando é Isabel; mientras que la mayor parte de los que habian manifestado su hostilidad al gobierno, llevando las armas, ó por algun otro acto público, rivalizaban entre sí en demostraciones de la mas leal sumision, y procuraban acomodarse en los mejores términos que podian. Entre estos últimos el duque de Arévalo, que á la verdad habia hecho proposiciones para ello algun tiempo antes por medio de su hijo, y el

que el príncipe D. Juan se mantuvo en el campo hasta por la mañana, pero ni aun M. la Clede, con toda su deferencia al historiador portugués, puede creerlo. Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, pp. 405 á 410.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 8.—Salazar de Mendoza, Crónica del Gran Cardenal, lib. 1, cap. 46.—Pulgar, Reyes Católicos, pp. 85 á 90.—Lucio Marineo, Cosas memorables, fol. 158.—Carvajal, Anales, MS., año 76.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 23.—Ray de Pina, Crónica del rey Alfonso V, cap. 191.—Fernando,

aludiendo al príncipe D. Juan, escribió á su mujer "que si no hubiera sido por el pollo, el gallo viejo hubiera caido en sus manos." Garibay, Compendio, lib. 18, cap. 8.

25 Pulgar, Reyes Católicos, p. 90.— Los reyes, en cumplimiento de un voto que habian hecho, mandaron fundar un magnífico monasterio dedicado á San Francisco, en Toledo, con el título de San Juan de los Reyes, para memoria de su triunfo contra los portugueses. Se veia aún este edificio en tiempo de Mariana.*

* Y en el nuestro.—(El T.)

CAP. V.

Isabel da gracias al Todopoderoso por la victoria.

Sumision de todo el reino.

PARTE I. gran maestro de Calatrava, y el conde de Ureña su hermano, espermentaron la benignidad del gobierno, y recibieron la confirmacion de todos sus estados. Los dos principales delincuentes, el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo, continuaron por algun tiempo haciendo una sombra de resistencia; pero despues de haber presenciado la demolicion de sus castillos, la toma de sus villas, la desercion de sus vasallos y el secuestro de sus rentas, se vieron precisados á comprar el pèrdon á costa de las mas humildes concesiones y de la confiscacion de una gran parte de sus haciendas.

El castillo de Zamora, habiendo perdido toda esperanza de recibir socorro de Portugal, se rindió al momento, y á este suceso se siguió muy pronto la entrega de Madrid, Baeza, Toro y otras ciudades principales; de manera que en poco mas de seis meses despues de la batalla, todo el reino, á escepcion de unos cuantos puntos insignificantes guarnecidos aún por el enemigo, habia reconocido la supremacía de Fernando é Isabel²⁶.

Poco despues de la victoria de Toro, estuvo Fernando en disposicion de reunir un ejército compuesto de cincuenta mil hombres para ir á rechazar á los franceses de Guipúzcoa, de cuyo país habian sido ya arrojados dos veces por aquellos intrépidos naturales, y de donde se retiraron nuevamente con precipitacion luego que supieron la proximidad del rey²⁷.

El rey de Portugal pasa á Francia.

Alfonso, viendo desvanecerse tan rápidamente su autoridad en Castilla ante la creciente influencia de Fernando é Isabel, se retiró con su vírgen desposada á Portugal, en donde tomó la resolucion de pasar á Francia en persona para solicitar socorros de su antiguo aliado Luis XI. A despecho de todas las reflexiones que se le hicieron, puso en ejecucion este extraordinario proyecto: llegó á Francia con un séquito de doscientas personas, en el mes de Setiembre; fué recibido en todas partes con los honores debidos á su elevada gerarquía

26 Rades y Andrada. Las tres órdenes, t. II, fol. 79, 80.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 48, 50, 55, 60.—Zurita, Anales, lib. 19, cap. 46, 48, 54, 58.—Ferrerías, Historia de España, t. VII, pp. 476, 478, 517, 519, 546.—Bernaldez,

Reyes Católicos, MS., cap. 10.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 8.

27 Gaillard, Rivalité, t. III, p. 290 á 292.—Carvajal, Anales, MS., año 76.

y á la gran prueba de confianza que con esto daba al rey de los franceses; se le entregaron las llaves de las ciudades, se sacaba á los presos de las cárceles, y toda su marcha iba acompañada de general alegría. Pero el monarca francés se escusó de darle pruebas mas positivas de su consideracion hasta que hubiera terminado la guerra que entonces tenia en Borgña, y hasta que Alfonso lograra fortalecer su derecho á la corona de Castilla obteniendo la dispensa del Papa para su matrimonio con D.^a Juana.

La derrota y muerte del duque de Borgña, cuyo campo delante de Nanci habia visitado Alfonso en el corazon del invierno, con el quimérico objeto de reconciliar al duque con Luis, alejaron el primero de los referidos obstáculos; así como la condescendencia del Papa apartó el último á su debido tiempo. Pero no por esto se halló el rey de Portugal mas próximo al logro del objeto de sus negociaciones; y despues de aguardar un año entero como mísero suplicante en la corte de Luis, llegó á cerciorarse por último de que su insidioso huésped estaba concertando un arreglo con sus mortales enemigos Fernando é Isabel. Alfonso, cuyo carácter tenia siempre sus puntas de quijotismo, parece que perdió completamente el juicio con este último reves de la fortuna. Avergonzado de su credulidad, se sintió sin fuerzas para soportar el sonrojo que le esperaba á su regreso á Portugal, y se retiró secretamente con solos dos ó tres criados á un pueblo oscuro de Normandía, desde donde escribió una carta al príncipe D. Juan su hijo, declarando "que habiéndose estinguido en su corazon todas las vanidades del mundo, tenia resuelto alcanzar una corona inmortal haciendo una peregrinacion á la Tierra Santa, y consagrándose al servicio de Dios en algun manasterio retirado," y concluía pidiendo á su hijo, "que tomase al punto la corona, de la misma manera que si hubiera recibido la noticia de la muerte de su padre²⁸."

Afortunadamente se supo el lugar donde Alfonso se hallaba retirado antes que hubiera tenido tiempo de poner en ejecucion su extravagante proyecto, y los leales caballeros de su comitiva consiguieron

Alfonso vuelve á Portugal.

28 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 27.—Pulgar, Reyes Católicos, capítulos 56, 57.—Gaillard, Rivalité, t. III, pp. 290, 292.—Zurita, Anales, lib. 19, cap. 56, lib. 20, cap. 10.—Ruy de Pina,

Crónica del rey Alfonso V, cap. 194 á 202.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, pp. 412, 415.—Comines, Mémoires, liv. 5, chap. 7.

PARTE I. apartarle de tal propósito, aunque con mucha dificultad. Al mismo tiempo el rey de Francia, deseando verse libre de su importuno huésped, y no queriendo acaso incurrir en la odiosidad de haberle traído á un estemo tan desesperado como el de su proyectada peregrinacion, le dió una flota con que volviera á sus dominios, adonde, para que la farsa fuera completa, llegó justamente cinco dias despues de la coronacion de su hijo como rey de Portugal. Ni estaba de Dios que el desgraciado monarca se pudiera consolar como esperaba en los brazos de su jóven esposa; porque el flexible Pontífice Sixto IV se dejó persuadir últimamente por la corte de Castilla á espedir una nueva bula anulando la dispensa anteriormente concedida, fundado en que se habia obtenido con falsa esposicion de los hechos.

1478.
15 de Noviem-
bre.

El príncipe D. Juan, ya fuese movido por amor filial ó por prudencia, renunció la corona de Portugal en su padre, poco despues del regreso de éste²⁹; y el viejo monarca, apenas estuvo restablecido en su autoridad, cuando ardiendo en sed de venganza, que le hizo insensible á todas la reflexiones, volvió á prepararse para poner nuevamente á su país en combustion, renovando su empresa contra Castilla³⁰.

Paz de Castilla
con Francia.
1478.

Mientras continuaban estos movimientos hostiles, Fernando, dejando á su consorte las fuerzas suficientes para proteger las fronteras hizo un viaje á Vizcaya con el objeto de tener una entrevista con su padre el rey de Aragon, á fin de concertar medidas para la pacificacion de Navarra, que seguia despedazada por aquellas sangrientas

29 Segun Faria y Sousa estaba el príncipe D. Juan paseando en las riberas del Tajo, con el duque de Braganza y el cardenal arzobispo de Lisboa, cuando recibió la inesperada noticia del regreso de su padre á Portugal. Preguntando á sus acompañantes cómo le recibiria, "¿de qué modo sino como á vuestro rey y padre?" le contestaron: oido lo cual, D. Juan, frunciendo las cejas, arrojó una piedra que tenia en la mano con mucha violencia al traves de las aguas. El cardenal, habiendo observado esto, dijo al oido al duque de

Braganza: "tendré buen cuidado de que esta piedra no venga sobre mí de rebote." Poco despues abandonó á Portugal, trasladándose á Roma, en donde fijó su residencia. El duque perdió la vida en el cadalso, acusado de traicion, poco despues de haber subido D. Juan al trono.—Europa portuguesa, t. II, p. 416.

30 Comines, Memoires, liv. 5, chapitre 7.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, p. 116.—Zurita, Anales, lib. 20, cap. 25.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 27.

rivalidades que se legaban como en herencia unas á otras generaciones³¹. En el otoño del mismo año se ajustó definitivamente un tratado de paz entre los plenipotenciarios de Castilla y de Francia, en San Juan de Luz, en el que se estipuló como artículo primero que Luis XI se separaria de su alianza con Portugal, y no favoreceria en adelante las pretensiones de D.^a Juana³².

Libres con esto de temores por aquella parte, pudieron los reyes dar toda su atencion á la defensa de las fronteras occidentales. En su consecuencia Isabel, al principio del invierno siguiente, pasó á Estremadura para rechazar á los portugueses, y aun mas principalmente para extinguir los movimientos insurreccionales de algunos de sus súbditos, que alentados por la vecindad de Portugal, hacian desde sus castillos particulares una guerra de desolacion y latrocinio en el territorio comarcano: robaban y quemaban las casas y las quinterías; sellevaban los ganados y las cosechas; cercaban los caminos de manera que no se podia transitar por ellos; interceptaban toda comunicacion: tanto, que un distrito rico y bien poblado le habian convertido en verdadero desierto. Isabel, con un cuerpo de tropas regladas y un destacamento de la Santa Hermandad, se situó en Trujillo como posicion central desde donde podia acudir á los diversos puntos con mayor facilidad. Sus consejeros le representaron que no convenia esponer su persona en el corazon del país desafecto; pero les contestó "que no le estaba bien calcular los peligros ni las fatigas en su propia causa, ni desalentar por una timidez intempestiva á sus amigos, con los cuales tenia resuelto permanecer hasta que estuviera la guerra del todo concluida." Dió entonces órdenes terminantes para poner sitio á un mis-

Actividad de
Isabel.

31 Esta fué la primera entrevista del padre con el hijo, despues de la elevacion del último al trono de Castilla. El rey D. Juan no quiso permitir que Fernando le besara la mano; tomó la izquierda; le acompañó á su habitacion; y en suma, durante los veinte dias de las conferencias manifestó á su hijo toda la consideracion que como padre tenia derecho á recibir de él. Lo hizo así por la razon de que Fernando como rey de

Castilla representaba la línea primogénita de Trastamara, al paso que él solo representaba la segunda. No seria fácil encontrar un ejemplo de etiqueta mas puntosa, ni aun en la historia de España.—Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 75.

32 Salazar de Mendoza, Crónica del Gran Cardenal, p. 162.—Zurita, Anales, lib. 20, cap. 25.—Carvajal, Anales, MS., año 79.

PARTE I. mo tiempo á las villas fortificadas de Medellin, Mérida y Deleitosa. En estas circunstancias la infanta D.^a Beatriz de Portugal, hermana política del rey Alfonso y tia materna de Isabel, movida de dolor á la vista de las calamidades en que estaba envuelto su país por la quimérica ambicion de su hermano, se ofreció como mediadora de paz entre las naciones beligerantes. A propuesta suya se verificó una entrevista entre ella y la reina Isabel en la villa fronteriza de Alcántara; y como las conferencias de las bellas negociadoras no experimentaron ninguno de los embarazos que ordinariamente acontecen en tales deliberaciones, y que suelen nacer de envidia, desconfianza y mútuo propósito de engañarse, sino que fueron conducidas por ambas partes con toda buena fe y sincero deseo de establecer una reconciliación cordial, al cabo de ocho dias de discusion dieron por fruto un tratado de paz, con el que la infanta portuguesa se volvió á su país á fin de obtener la sancion del rey su hermano. Los artículos que contenia eran sin embargo muy desagradables para que pudieran recibir pronto asentimiento; y solo al cabo de seis meses, durante los cuales Isabel, lejos de ceder, perseveró con mayor energía en su primitivo plan de operaciones, se ratificó formalmente el tratado por la corte de Lisboa³³.

1479.
24 de Setiembre.

En este asiento se estipuló que Alfonso dejaría el título y las armas que habia tomado de rey de Castilla; que renunciaria á sus pretensiones á la mano de D.^a Juana, y no sostendria en adelante las de esta al trono; que aquella señora elegiria, en el término de seis meses, entre abandonar á Portugal para siempre ó permanecer allí, á condicion de casarse con D. Juan, niño entonces hijo de Fernando é Isabel³⁴, tan luego como éste llegara á edad proporcionada, ó retirarse á un convento y tomar el velo; que se concederia un olvido general á todos los castellanos que habian defendido la causa de D.^a Juana; y finalmente, que la concordia entre las dos naciones se estrecharia con

33 Ruy de Pina, Crónica del rey Alfonso V, cap. 206.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 166, 167.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 85, 89, 90.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, pp. 420, 421.—Ferrerías, Historia de España, t. VII, p. 538. Carvajal, Anales, MS., año 79.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 28, 36, 37.

34 Habia nacido en el año anterior de 1478 á 28 de Junio. Carvajal, Anales, MS., en el mismo año.

el enlace de D. Alfonso, hijo del príncipe de Portugal, con la infanta Isabel de Castilla³⁵.

Así terminó, despues de haber durado cuatro años y medio, la guerra de sucesion. Descargó con particular furia sobre las provincias fronterizas de Leon y Estremadura, que por su situacion estuvieron necesariamente en constante choque con el enemigo. Sus desastrosos efectos se vieron allí por mucho tiempo, no solo en la general desolacion y ruina del país, sino tambien en la estragacion moral que las costumbres licenciosas y rapaces de la soldadesca introdujeron necesariamente en el pueblo sencillo. Pero bajo el aspecto personal la guerra terminó muy gloriosamente para Isabel, cuya sábia y vigorosa administracion, secundada por los esfuerzos de su marido, habia disipado la tormenta que amenazó derrocarla, asegurándola en la tranquila posesion del trono de sus mayores.

Por el tratado quedaban solamente comprometidos, ó por mejor decir sacrificados, los intereses de D.^a Juana. Conoció ésta desde luego que la cláusula para su matrimonio con un niño que estaba aun en la cuna, era únicamente un ligero velo puesto para disfrazar la desercion con que el rey de Portugal abandonaba su causa. Disgustada de un mundo en que no habia experimentado mas que el rigor de la desventura, y en que habia sido causa inocente de la desgracia de tantos otros, determinó renunciar á él para siempre, y buscar un refugio en la pacífica oscuridad del claustro. Llevando á efecto este propósito entró en el convento de Santa Clara de Coimbra, en donde al año siguiente pronunció los irrevocables votos que separan para siempre del mundo á la que los hace. Dos enviados de Castilla, D. Fernando de Talavera, confesor de Isabel, y el Dr. Diaz de Madrigal, uno de los de su consejo, asistieron á esta tierna ceremonia; y aquel reverendo padre en una larga exhortacion dirigida á la jóven novicia le aseguró "que habia elegido el camino mas recomendado por el Evangelio; que como esposa de la Iglesia su castidad seria fértil en toda especie de delicias espirituales, y su reclusion libertad, la única verdadera libertad que participa mas del cielo que de la tierra. Ningun

Doña Juana toma el velo.

35 L. Marineo, Cosas memorables, sa, t. II, pp. 420, 421.—Ruy de Pina, Crónica del rey Alfonso V, cap. 206.—Faria y Sousa, Europa portu-
guese

PÁRTE I. pariente (continuó aquel desinteresado predicador), ningun amigo verdadero, ningun leal consejero, os apartaria de tan santo propósito ^{36.}

Muerte del rey de Portugal.

Poco tiempo despues de este suceso, el rey D. Alfonso, lleno de sentimiento por la pérdida de su prometida esposa (*la excelente Señora*, como siguen llamándola los portugueses), resolvió imitar su ejemplo, y trocar su manto real por el humilde hábito de fraile franciscano. En su consecuencia se preparaba á renunciar nuevamente la corona, y á retirarse al monasterio de Varatojo, situado en una altura muy fria inmediata al Océano atlántico; cuando enfermó repentinamente en Cintra, de cierta dolencia que terminó sus dias á 28 de Agosto de 1481. El orgulloso carácter de Alfonso, en que estaban mezclados todos los elementos de amor, caballería y religion, se asemejaba al de un paladin de novela; de tal modo que las quiméricas empresas en que estuvo empeñado de continuo parece que pertenecen mas bien á la época de la andante caballería, que al siglo xv ^{37.}

Muerte del rey de Aragon.

Al principio del mismo año en que la paz con Portugal aseguró á los soberanos la tranquila posesion de Castilla, recayó otra corona

36 Ruy de Pina, Crónica del rey Alfonso V, cap. 20.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, p. 421.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 92.—L. Marineo habla de la *Señora muy excelente*, dando á entender que estaba retirada en el claustro en el tiempo en que escribia, 1522 (fol. 168). Pero no obstante "sus irrevocables votos," D.^a Juana abandonó el monasterio diversas veces, y se presentó con ostentacion de reina bajo la proteccion de los monarcas portugueses, que de cuando en cuando amenazaron con resucitar sus amortiguadas pretensiones contra los soberanos de Castilla. Puede decirse de consiguiente que durante su vida fué el polo sobre que giraron las relaciones diplomáticas entre las córtes de Castilla y Portugal, y una de las causas principales de aque-

los frecuentes matrimonios entre las familias reales de los dos países, con que esperaban Fernando é Isabel separar á Portugal de los intereses de aquella pretendiente. D.^a Juana aparentó estilo y magnificencia real, y se firmaba "Yo la Reina" hasta el fin de sus dias. Murió en el palacio de Lisboa en 1530, á la edad de 69 años, habiendo sobrevivido á la mayor parte de sus antiguos amigos, partidarios y competidores.—La historia de Doña Juana del tiempo posterior á su profesion religiosa ha sido recogida por el Sr. Clemen- cin con su acostumbrada puntualidad. Memorias de la Academia de la Historia, t. VII, Ilustracion 19.

37 Faria y Sousa, Europa portuguesa, t. II, p. 423.—Ruy de Pina, Crónica del rey Alfonso V, cap. 212.

en Fernando, por la muerte de su padre el rey de Aragon, que espiró en Barcelona el dia 20 de Enero de 1479, á los ochenta y tres años de su edad ^{38.} Habia sido tal la admirable constitucion de este príncipe, que conservó íntegras no solo sus facultades intelectuales, sino aun su vigor corporal, hasta lo último: ocupó toda su larga vida en pelear contra las facciones civiles ó en guerras con extranjeros; y su espíritu inquieto parecia que se deleitaba en aquellas tumultuosas escenas, como muy adecuadas para desarrollar sus varios talentos y facultades: reunia á su carácter intrépido, y aun feroz, una habilidad en el manejo de los negocios, que le hacia confiar mucho mas en la negociacion que en la fuerza efectiva para el logro de sus fines. Puede decirse que fué uno de los primeros monarcas que pusieron en boga aquella artificiosa ciencia de estado, á que se entregaron los políticos de fines del siglo xv, y de la cual fué viva espresion su mismo hijo Fernando.

La corona de Navarra, que D. Juan habia usurpado tan villanamente, recayó á su muerte en su culpable hija D.^a Leonor, condesa de Foix, la cual, como ya hemos insinuado antes, no sobrevivió para gozarla sino tres semanas escasas. Aragon con sus vastas dependencias pasó á Fernando; y de esta manera las dos coronas de Aragon y Castilla, despues de haber estado separadas por mas de cuatro siglos, se reunieron indisolublemente, y así se echaron los cimientos del grandioso imperio que habia de oscurecer á todas las otras monarquías de Europa.

38 Carvajal, Anales, MS., año 79. (edicion de Valencia), t. VIII, p. 204, —Bernaldez, Reyes Católicos, MS., nota.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, cap. 42.—Mariana, Historia de España fol. 295.